

## LLEVAR LO ENTUMECIDO AL TORRENTE VITAL



Estoy sentada – mis pensamientos se dirigen a los diez días de Ejercicios personalizados en un apartado monasterio evangélico. Ahora aprovecho el tiempo para escribir una carta a mi hija y hacerla partícipe de lo que me deseo en los próximos diez días: -para expresarlo en palabras de Ignacio- “entrar en relación con Dios con la nostalgia más profunda de mi corazón para esperar y confiar en que Él se me comunique.” Cuando regreso a casa muy motivada y vascularizada en el cuerpo, el espíritu y el alma por los Ejercicios, me espera una carta respuesta de mi hija: “Querida mami, te envidio porque te tomas tiempo para ti y tienes esta posibilidad. A decir verdad también hay en mí una profunda nostalgia, pero no descanso con tanta frecuencia, estoy fuera de mí, gasto mis energías en encuentros dudosos y estoy en búsqueda. En búsqueda -¿de qué?”

En búsqueda estoy yo hace muchos muchos años. Ahora he encontrado algo importante para mí. Finalmente alguien me toma de la mano y me guía en una parte del camino –a pesar de mi edad– abre mis ojos y mi corazón a las huellas de Dios en mi vida, a los vínculos con Él.

Llegada al sitio donde los Ejercicios tienen lugar, al principio salgo al entorno más cercano, intento abandonar mis pensamientos, que aún están en casa. Con pasos lentos me adapto al aquí y ahora. Me salen al encuentro árboles, troncos agrietados, viejos, gruesos – siempre recortados. Del tronco arrugado crecen nuevas ramas vigorosas, cuatro, cinco o seis. ¿Soy yo esto, es esta mi situación, mi familia, mis hijos y nietos?

En el monasterio jóvenes religiosas me encuentran en la antigua cripta, que se utiliza como espacio para el servicio religioso que con sus cantos y oraciones animan de nuevo los viejos muros.

Yo quisiera tener una cripta así en el trenzado de raíces de mi árbol para que mis hijos supiesen de dónde pueden sacar y hallar sus fuentes de energía.

En la primera entrevista de acompañamiento cuento mi paseo y las imágenes, que se me han mostrado en la naturaleza. Mi árbol con la cripta-raíz me conduce al texto de Ezequiel 47 – a mi ejercicio orante para el próximo día. Esta imagen del torrente me afecta mucho. Lo viejo de mi historia existencial lo traigo a este torrente de vida que, donde llega cura y devuelve vida. Incluso al Mar Muerto lo hace de nuevo viviente. “...y todo ser viviente que en él se mueva, vivirá” (Ezequiel 47,9). Árboles sanos crecen en la orilla y las hojas sirven como medicinas curativas. Hay peces en abundancia.

Aquí emerge algo casi olvidado, antiguo en mí. Un acontecimiento apenas observado, que subliminalmente no trabajado estaba latente en mí, se hacía sentir de continuo en sueños y al no comprenderlo, lo aparté de mí.

¡Sí claro, yo quiero llevar todo esto al torrente que cura y vivifica! La alegría me reconforta. Yo, viejo árbol, estoy en pie con mi trenzado de raíces, en el que se oculta la imagen de la cripta, ante el agua curativa y traigo mis preocupaciones, la antigua culpa, lo descuidado y lo muerto a este torrente vital.

En la entrevista el problema que ha emergido consigue su peso y un lugar donde está en buenas manos. Yo no he tomado en mi vida muchas cosas en serio y no he contemplado con atención amorosa.

Ahora el texto me conduce a un lugar, donde me puedo mover en el campo de fuerzas curativas de Jesús. Agradecida me inclino ante Él, mi Dios, que me hace tan vital. Mi camino continúa y siempre me acompaña además el torrente, al que puedo ir siempre, aún ahora, mucho tiempo después de que los Ejercicios hayan terminado.

Después soy conducida al pozo de Jacob (Jn 4). Jesús está sentado en el pozo. ¿Cómo le encontraré? El *cántaro abandonado* (Jn 4,28) por la samaritana se convierte en mi cántaro. Mi abuelo irrumpe en mí. Él fue fumista y maestro de cerámica. ¿Cuántos cántaros habrá hecho?

Ahora mi cántaro está en el pozo, muy cerca de Jesús. Él me quiere dar agua viva, a pesar de todo. Yo tiendo mis manos con todos mis sentidos, mi querer y sentir. “Si, dame el agua viva y déjame estar mucho tiempo en tu cercanía.”

Una gran necesidad de reparación se abre. ¡Es verdaderamente posible percibir la cercanía de Dios tan concretamente! Oigo que mi corazón late más rápido y mi cuerpo comienza a vibrar. Respeto, gratitud y alegría me inundan. Algo esencial se vivifica en mí. ¿Me encuentra Dios que quiere habitar en mí y respirar profundamente en mí?

¿Qué aspecto tiene verdaderamente “el agua viva” en mi vida? Aquí tengo mucho tiempo para rastrearla. Como texto de ayuda recibo 2 Cor 4,1-6. Continuamente me encuentra el árbol viejo recortado con sus impulsos vigorosos y ramas nuevas y me acompaña con su lenguaje simbólico a través de los días. Yo pinto el trenzado de raíces de mi árbol. Veo una cripta y también un sótano oscuro con muchas estancias. Pero mi experiencia en el torrente que cura (Ezequiel 47) me permite pisar en tales estancias con

una ayuda que me acompaña. No sé qué largo será aún el camino, dónde conduce y todo lo que aún quiere vitalizar.

Para mí es un buen camino, al que soy conducida por medio de mi acompañante de Ejercicios. Él me ha abierto una puerta por la que puedo entrar en un gran espacio, en el que el gran corazón de Dios es perceptible.

Así mi vida se ha hecho más preciosa. Una nueva dimensión espiritual se me abre, de la que yo había experimentado sólo un poco durante mi socialización evangélica. Me deseo que mis hijos puedan hallar en nuestra iglesia evangélica tales caminos, donde pueda ser posible el obsequio del encuentro con Dios.

Marie-Louise Merz  
**“Caminos Atentos”**  
Experiencias de cristianos evangélicos  
con los Ejercicios de Ignacio de Loyola  
Editorial Claudius, 1.999

[www.vacarparacon-siderar.es](http://www.vacarparacon-siderar.es)